Colección Humor

Julio César Parissi

Las mujeres son un mal necesario



libros en red

Las mujeres son un mal necesario

Julio César Parissi

Textos y dibujos

Colección
Humor

libros en red

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Dirección de Contenidos: Ivana Basset
Diseño de Tapa: Patricio Olivera

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español en versión digital
© LibrosEnRed, 2004
Una marca registrada de Amertown International S.A.

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

Índice

¡Qué embromadas son las mujeres!

El sexo en vacaciones es lo peor

El feminismo, ¿ya fue?

Las mujeres también fanfarronean

La amistad es cosa de hombres

El amor nos vuelve tarados

¿Cómo conquista una mujer?

Tropezones eróticos

En los celos, ¿qué es lo normal?

Cuestión de piel

La diferencia entre el soltero y la soltera

¿Por qué a las mujeres no les gustael fútbol?

La mujer sufre y el hombre disfruta

¿En qué cita te acuestas?

Cómo goza más el sexo, ¿con historia o sin ella?

La mujer moderna es más libre pero no más feliz

Las alarmas en la pareja

Las cosas que dejamos pasar

Las mujeres son más groseras

Las pequeñas cosas que erotizan

Mujeres insatisfechas

El sexo, ¿es lo mejor que hay?

Perfume de mujer en primavera

¿Quién es más materialista, el hombre o la mujer?

La mujer lo hace cuando quiere

¿Quién es más feliz, el que manda o el que obedece?

Hay mujeres que viven amargándole la vida a su ex

La mujer que no aprende a hacer el amor de pequeña, no aprende más

Las parejas mochilas

Los métodos de “ablande” para usar en la cama

Acerca del Autor

Editorial LibrosEnRed

¡Qué embromadas son las mujeres!



LibrosEnRed

No necesitamos ninguna estadística para afirmar que las mujeres son más propensas a robarle el novio a las amigas —o el marido, o la pareja, o cualquier otra relación que se le ocurra— en una proporción mayor que nosotros lo haríamos con nuestros amigos. Lo son mucho más, y me arriesgo a decir que esa idea, la de birlar parejas, es una fijación que tienen en su mente todo el tiempo. Quedarse con ese objeto que obtuvo su amiga está entre las prioridades a la hora de ejercer la seducción.

Algunos opinan que lo hacen por el afán de competencia que es innato entre el género femenino. Otros aseguran que es por la envidia que se tienen unas a otras, sentimiento destacado del mismo género, y hasta hay quienes afirman que, para ellas, los hombres son objetos a coleccionar, de la misma manera que nosotros podemos tener el hobby de coleccionar llaveros o autos en miniatura. Pero, sea por cualquiera de estas razones, las mujeres son de escamotease mutuamente sus conquistas amorosas.

Entre los hombres priva un cierto respeto al amigo y se intenta no mirar sexualmente a esa chica que marcó el otro en una discoteca, o aquella que está saliendo con él circunstancialmente, y menos aún con la que convive en una relación estable. Para nosotros esa mujer, dicho de modo suave, no tiene vagina. Pasa a ser un amigo más, con la única diferencia que tiene unas hermosas tetas —que no dejamos de mirar, pero sin codicia— en el lugar donde debería estar el vello masculino. Y se llega al extremo de no ser bien visto que alguien del grupo intente seducirla y tener un acercamiento íntimo aun después que hubiera terminado su relación con el amigo. Se supone que si esto ocurre es porque este mal amigo tenía esa intención desde antes y la ocultaba, traicionando la amistad aunque sea con el pensamiento.

En cambio, pareciera que no hay mayor placer para la mujer que rapiñarle el hombre a la amiga.

¿Hasta qué punto una mujer desea al hombre de la otra? ¿Hasta qué punto moviliza sus sentimientos y su erotismo, o cuándo ésta deja de sentir ganar de robarse esa presa? Aunque no lo crea, tiene un límite. El límite está dado por el instante en que el tipo pasa de ser novio de la otra a ser novio de ella. En ese momento, si aparece otra que se lo hurte, lo agradece. Porque también para la mujer no hay nada más pesado que cargar con el producto de un robo, máxime cuando éste tiene el único interés que da el saqueo, sin ningún otro valor agregado. Es decir, en la mayoría de los casos se roba por el placer de escamotearle a la otra alguna de sus posesiones, sin importarle mucho el atractivo que pueda tener lo que se lleva a casa. Es

LibrosEnRed

una especie de cazadora sin códigos, una depredadora que no acata la ley natural de cazar para alimentarse.

Las mujeres se disputan a un mismo hombre por pura competencia. No lo hacen porque valga tanto o porque se trate de un portento físico y erótico, sino por el gusto que tienen de disputarse todo. Eso es algo perfectamente visible cuando se toman de los pelos por las horribles ofertas en las liquidaciones de las tiendas. ¿Acaso no las vemos haciendo cola en los fines de temporada para entrar en el primer lugar frente a los comercios? ¿A quiénes se les ocurre pelearse a carterazos por una falda que dejó de estar de moda hace tres años? ¿A quiénes se les ocurre arañarse por una blusa que no usaría nadie en su sano juicio estético y menor de 95 años? A las mujeres.

En el fondo, la mujer es ladrona de hombres llevada por su curiosidad. Trata de robarle el novio a la amiga porque la desespera saber qué corno le vio la otra a ese flaco melenudo y con la cara cubierta de acné. Por esa razón, lo más difícil para el hombre es la primera conquista. Luego, si la novia tiene amigas, las otras conquistas vienen solas, no cuestan ningún esfuerzo. Son tanto los novios que se roban unas a otras que aquella frase de que no existe la amistad entre el hombre y la mujer tendría que cambiarse por otra, mucho más precisa, que diga que no existe la amistad entre el novio de la amiga y la mujer.

En general, un hombre es incapaz de robarle la mujer a un amigo. En el caso del que le tenga ganas a la mujer del amigo, que esas ganas sean irrefrenables y que la libido obnubile su razonamiento y sus sentimientos de amistad, primero busca una excusa para pelearse con el amigo y después la encara. Sin embargo, es muy común ver como la cuñada trata de ganarse al marido de la hermana, aun viviendo bajo el mismo techo, y sobre todo si éste tiene un buen empleo y su sueldo es el que banca los gastos de toda la parentela. En este caso, como buena familia política, viven disputándose a quien pone el voto en la urna.

También está la conquista por venganza. Eso es típico de las mujeres. Hasta la palabra venganza pertenece al género femenino. La mujer trata de conquistar al tipo que prefirió a la amiga en lugar de fijarse en ella. Para eso, al revés de los hombres que primero se pelean con su amigo para no cargar culpas en el alma, ellas siguen siendo amigas y frecuentándose, como la mejor manera de mantenerse cerca del objetivo a tomar. Cuando lo logra —lo cual no es muy difícil, porque la carne es débil, y la carne masculina más débil aún— al poco tiempo lo deja de lado. ¿Para qué? Para irse con un amigo de él, cualquiera sea éste, porque en su afán de embromar a los

LibrosEnRed

demás no se detiene en sexos y, además, cierra el círculo de latrocinios. Lo que se dice, una venganza redonda.

¿No me diga que no conoce ningún caso así? Vamos...

LibrosEnRed

El sexo en vacaciones es lo peor



LibrosEnRed

Debemos echar por tierra los hechos que la gente tiene por ciertos y que en el fondo son falsedades transmitidas de generación en generación. Siempre se dijo que las relaciones sexuales en vacaciones es el sueño de todo amante, que es lo mejor y lo más erótico. Y no es así. A la luz de lo que nos pasa a todos los que salimos a disfrutar de su descanso anual, la verdad es otra totalmente distinta: el sexo en vacaciones es peor de lo que uno supone y la gente proclama.

Imaginemos esta postal de vacaciones: uno llega por primera vez a un lugar desconocido a pasar unos quince apretados días de descanso y esparcimiento. Podrá ser el mejor lugar del mundo, o el más encantador, o el más exótico, pero es totalmente desconocido para nosotros, por lo tanto debemos perder las primeras jornadas en adaptarnos a ese sitio, a sus horarios, a sus comidas, al ritmo de su gente, incluso a su idioma. Encima, vamos con los hijos a cuestas que también deben pasar por esa adaptación.

Como uno quiere aprovechar al máximo esas dos semanas anuales en las que nos sueltan la cadena del trabajo, nos pasamos todo el día de acá para allá: del hotel a la playa, de la playa al restaurante, del restaurante al shopping, y del shopping al paseo por la calle peatonal. Y luego a cenar, y luego a una discoteca, y luego a pasear por la calle al borde la de playa bajo la hermosa luna estival... Cuando caemos en la cama no nos queda un músculo que no tenga un desgarro, además de la barriga desbordada de alcoholes y comidas regionales. ¿Cómo vamos a poder ser eróticos así? Agreguémosle también que ya pasamos la quemazón de la playa por exceso de exposición al sol, llevamos arena pegada por todos lados, y tenemos la piel erosionada por el rigor del viento y el salitre del mar. ¡Después de ese castigo al cuerpo, ni el hombre de acero que nació en Kriptón podría tener una relación sexual con cierta cuota de placer!

Es que el mito de muchos hombres y mujeres es creer que una mejor funcionalidad sexual se logra cambiando el lugar en donde uno tiene habitualmente las relaciones íntimas. Luego de unos años de práctica aburrida del sexo, la pareja empieza a sospechar que la misma cama, la misma habitación y el mismo paisaje de edificios grises que se ve a través de la ventana son la causa de la monotonía conque encaramos el disfrute conyugal. Por eso empiezan a imaginar que un cambio de escenario revitalizaría el entusiasmo en sus orgasmos, pero no se dan cuenta que para mejorar la calidad amatoria no se logra cambiando de lugar. Es más efectivo, más barato y menos azaroso, cambiar de pareja.

LibrosEnRed

Desde luego, esto nunca es tenido en cuenta y cada año se renuevan las esperanzas de disfrutar mejor a su media naranja haciéndole el amor a la sombra de una palmera mecida por el viento nocturno o al costado de un arroyo cristalino que baja de una sierra. Lo que sí cambia, y bastante, son algunos diálogos de esas ocasiones. En la cama habitual de su casa habitual, cuando se producían los arrumacos previos, aparecían aquellas obvias preguntas en tono naif: «¿De quién es esta naricita, de quién es esta orejita, de quién es este ombliguito?», todo susurrado con una voz de cantante tropical o de nene curioso. Haciendo el amor en una playa eso cambia, y uno se la pasa gritando, pasando de la voz melodiosa a una de enojo: «¡¿De quién corno es este caracolito, de quién diablos es esta piedrita?!».

Tampoco en las vacaciones tenemos esa privacidad que tanto soñamos, porque uno siempre cree que llega a un paraíso terrenal donde somos los dos únicos humanos, con raciocinio y pensamiento abstracto. No nos damos cuenta que en ese mismo balneario hay dos o tres mil parejas que piensan lo mismo. Y, además, nosotros somos tan tontos que suponemos estar solos a pesar de que nos llevamos los críos a cuestas.

Otra de las cosas que nos hacen ver la fantasía de creer en una mejor relación sexual en vacaciones, es que cuando ésta se hace en casa cuidamos acallar bastante los ruidos y las exclamaciones de placer que nos produce la inminencia del orgasmo para que los chicos no piensen que nos estamos peleando o que a su madre le están dando una paliza tan feroz que sólo le permite quejarse emitiendo una sola letra, la a-a-a-aaaaaa... En vacaciones la cosa es al revés: tenemos que evitar quejarnos de las quemaduras de sol para que los niños, que duermen en el cuarto contiguo en un apartamento de 30 metros cuadrados, no piensen que estamos teniendo una fragorosa relación sexual.

Y el mayor mito, que debe ser desterrado para siempre, es el que dice que los lugares de veraneo tienen una carga erótica que nos motiva mucho más que en la ciudad donde pasamos todo el año. En parte es cierto, porque en las playas de los grandes balnearios están los cuerpos más esculturales, esos que no pudimos ver durante todo el año en la metrópolis, como si estuvieran ocultos once meses y medio para salir todos de golpe a rompernos el cerebro justo en los quince días de vacaciones. Son tan perfectos y se exhiben con tan poca ropa, que no necesitamos la imaginación para que nos hierva la sangre como a lobos con sólo observarlos caminar cimbreando sus caderas, erguidos sus pechos, mientras sus labios carnosos se apoyan en un sorbete saboreando un jugo de fruta tropical. ¿Qué necesitamos imaginar, si está todo a la vista?

LibrosEnRed

La imaginación la vamos a necesitar, por supuesto, pero en la noche, cuando a la hora de cumplir con el deber conyugal exprimimos la mente al máximo imaginando que nuestra mujer es idéntica a aquella escultural joven que vimos por la mañana con un diminuto bikini fucsia hecho con una tela más delgada que la piel de la cebolla.

LibrosEnRed

El feminismo, ¿ya fue?



LibrosEnRed

Se me hace que el feminismo quedó en el siglo pasado. Por lo menos eso es lo que se desprende de las nuevas actitudes de la mujer frente a la vida y a su futuro. Hoy en día, cuando las cosas se han vuelto tan difíciles y la crisis no da tregua, se acabaron las actitudes heroicas, vanguardistas y aguerridas. Las mujeres se volvieron más conservadoras y decidieron ser fieles al viejo dicho que aconseja mantener lo seguro por lo que podría ser mejor, o sea, no intentan cambiar de caballo en mitad del río. No es necesario explicar que, en el caso de las mujeres casadas o en concubinato, este dicho se refiere al marido.

Es muy difícil ver en la actualidad a aquellas mujeres de principios del siglo XX, que se veían enojadas, vociferantes, vestidas de negro —supongo yo, porque no había fotografías en color—, enarbolando pancartas y despreciando todo aquello que siempre rodeó al mundo femenino desde la Mil y una Noches para acá, y antes aun. Me refiero a los perfumes, la lencería sensual, los maquillajes, los peinados y las ropas de última moda. Hoy eso quedó casi de lado, y hasta la mujer del verdulero nos atiende de tacos altos, y maquillada de tal manera que parece un travesti salido de una película de Almodóvar. La liberación, usando el argumento de la fuerza y emparentándose así con el supuesto dominador, ya no tiene razón de ser. Ahora ocupan su lugar y nosotros les reconocemos sus méritos, no sólo físicos sino intelectuales.

Las mujeres son naturalmente más inteligentes que nosotros y es por esa razón que, desde que pudieron o tuvieron el valor suficiente, buscaron liberarse de la fuerza bruta de los hombres para hacer prevalecer su mayor raciocinio. Está bien que eso suceda porque en la continua evolución de la especie humana la capacidad intelectual debe privar sobre el músculo, y las mujeres son un ejemplo vivo de cómo prevalece el intelecto a lo físico. Yo he escuchado que a ellas les encanta leer a García Márquez, a Savater y a Paul Auster, que van a todas las exposiciones de pintura y no se pierden ninguna noticia sobre las muestras del museo de Arte Moderno de Nueva York, que aman a Picasso, que suelen interesarse por la filosofía de Nietzche y que su adicción a la televisión pasa por ver todo el día canales como *Discovery* o *History*.

Usted dirá:

—¿De dónde saca este tipo esas cantidad de inexactitudes?

Si no cree escuche lo que dicen todas las jovencitas que van a los castings para ser modelos o cantantes pops y verá que no le exagero nada. Cambie

LibrosEnRed

Nietzche por Aristóteles o cambie a Picasso por Dalí, si quiere, pero sus preferencias siempre serán así de elevadas.

Para reafirmar mi teoría de que el feminismo está en baja, le aseguro que hoy dejaron de tener mucho sentido las consignas de antaño. El amor libre y el voto femenino, dos de las máximas expresiones de la lucha liberadora de la mujer, no son una prioridad en estos días. Se han dado cuenta que el amor libre también libera al hombre de tener una relación estable y por consiguiente su obligación de aportar para la casa.

—¿Tú quieres ser libre? Yo también. *Au revoir* —le dice el hombre moderno, esquivo a tomar obligaciones, por temor y por ser, además, totalmente insolvente.

Las mujeres serán feministas, pero no estúpidas, y antes de quedarse sin un peso en la cartera prefieren dejar de lado algunos principios. Y en cuanto al voto femenino, éste demostró ser tan malo como el voto masculino, a juzgar por los gobernantes que tanto hombres como mujeres elegimos en todo el planeta.

Con el correr de los años fueron ocupando lugares importantes y ya su lucha no tiene tanta razón de ser como antes. Quizás por eso, últimamente, muchas dejaron el feminismo a un costado y se han resignado a volver a dormir con el enemigo, como dicen ellas. Y, le digo la verdad, el enemigo —nosotros— no las debe tratar tan mal, porque duermen bastante tranquilas. Y si el enemigo no las deja dormir tranquilas, mucho mejor.

Además, creo que la causa fundamental por la cual el movimiento feminista ha entrado en franca decadencia se debe a que las mujeres se dieron cuenta de algo que durante mucho tiempo habían pasado por alto. Me refiero a lo ilógico de la lucha para liberarse del hombre. ¿Entienden lo que digo? Liberarse del hombre. ¿Cómo es posible que hayan gastado tantas décadas tratando de emanciparse del género masculino? ¿Cómo es posible que hayan hablado de liberarse?

Piensen un poco: ¿quién encuentra lógico que alguien busque liberarse de su mascota?

LibrosEnRed

Las mujeres también fanfarronean



LibrosEnRed

Los hombres, por tradición, hacen gala exagerada de sus atributos para la relación sexual, ya que son pocos y estos atributos no tienen mucha gracia ni belleza física Ya lo decía Serrat en su canción «Algo personal», cuando hablaba "de esos hombres que fanfarronean a quién la tiene más grande". En realidad, Juanito no descubrió la pólvora con esos versos, porque es sabido que los hombres fanfarronean entre sí con sus miembros, sobre todo en el gimnasio y a la hora de ducharse. Y si un hombre nunca mintió frente a sus amigos en cuanto al tamaño o al rendimiento de sus genitales, es que ese hombre no ha tenido una vida sexual normal.

Pero lo que uno no tiene del todo claro es con qué atributos fanfarronean las mujeres a la hora de mostrar su superioridad erótica frente a las demás.

Nos cuesta imaginarlas, haciendo un paralelismo con la actitud masculina de los genitales, sacándose los corpiños y diciendo:

—Las ponemos sobre esta mesa, y las medimos.

O también:

—Las ponemos en una balanza, y las pesamos.

Estoy seguro que las ganas de competir existen en ambos sexos, no es una virtud o un demérito exclusivamente varonil, y lo confirma el hecho, por dar un ejemplo, que una enorme cantidad de mujeres viven preocupadas por saber cuántos billetes les costaría agrandarse el busto, redondear sus caderas o tornear sus pantorrillas. La diferencia entre ellas y nosotros es que las damas no se atreven a manifestar lo exuberante de su físico, tan frontalmente y sin falso pudor, como lo hacemos los varones.

Pero —dejando de lado como eje de la propia publicidad de los atributos del cuerpo— de lo que sí estoy totalmente convencido es que las mujeres tienen un elemento ideal para jactarse y fanfarronear de su erotismo: la vestimenta que muestre, como al descuido, aquellos atributos que en su lugar nosotros ostentaríamos a los gritos. Por algo perduran en la moda, desde hace muchos años, los bikinis, los corpiños calados o de media copa, las minifaldas mínimas, las medias con portaligas a la vista, la lencería erótica y los zapatos de taco aguja. Cuando una hermosa mujer sale a la calle vestida de esa manera —o desvestida, yo nunca supe cuál de estas dos cosas hacen las jóvenes antes de abandonar la casa—, está diciendo:

—Muchachos, miren que apetitosa estoy.

LibrosEnRed

Aunque no siempre es así, porque si esa misma ropa se la pone una gorda insufrible con menos cintura que Elvis Presley a los cuarenta años, quizás nos esté diciendo:

—Muchachos, embrómense por mirar.

Es que, además de la vestimenta, hace falta una cierta armonía física para fanfarronear. A nadie se le escapa que las mujeres —el 99 % de ellas, salvo la gorda que menciono más arriba— siempre tienen con qué. O sea, que volvemos a los dones físicos. Es innegable: hay dos o tres atributos de las mujeres que están a la vista de todos, que rompen los ojos e incluso en muchos casos logran sacarnos los ojos de las órbitas. Y además de estar a la vista, se los muestra de igual manera que un buen chef muestra aquel plato que nos hará agua la boca. No alcanza con que los senos de esa chica sean turgentes, jóvenes, erguidos; ella le levantará todavía un poco más con un corpiño que le dará esbeltez, sin ocultar los preciosos remates que abultarán por su lado en la suave tela del sostén. ¿Se imaginan esa misma ostentación en los hombres? ¿Se imaginan sostenes puestos en los genitales para que estos luzcan de tamaños mayores y menos fláccidos? ¿Cómo sería tener testículos con siliconas?

Quizás llegue el día en que nosotros busquemos esos suplementos sintéticos para lucir más varoniles o más dotados, pero hoy todos sabemos —no está de más decirlo— que si algunas mujeres fanfarronean con eso que portan, no se lo deben agradecer ni a sus padres ni a sus estrictas dietas ni a la bondad de la naturaleza, tal como lo agradecemos nosotros cuando se trata de nuestros atributos.

Esos dones, generalmente, las mujeres tienen que agradecérselo a su cirujano plástico de cabecera, a su modisto personal y, sobre todo, a la billetera del esposo, que hace posible la entrada al hogar del cirujano y el modisto.

LibrosEnRed

La amistad es cosa de hombres



LibrosEnRed

Siempre sostuve que la mujer es más valiente que el hombre, y eso no me quita ni un poco de masculinidad. Para darse cuenta que esto que digo es verdad, basta con acordarse del reiterado ejemplo que dice que si la maternidad fuera cosa de hombres el planeta se quedaba sin raza humana en una generación. En lo que a mí respecta, le doy toda la razón a esa frase: en mi caso particular, si yo tuviera que hacerme cargo de la procreación como lo hacen las mujeres se terminaban los nacimientos desde hoy mismo.

Pero como digo una cosa digo otra, y si bien la valentía es de las mujeres, la amistad es cosa de hombres. Nunca las relaciones entre mujeres pueden superar a las que hay entre los hombres, ni en intensidad ni en sinceridad. Es por eso que si uno habla de amistad verdadera, de amistad visceral, tiene que ceñirse al ámbito masculino. La amistad entre mujeres es una mala copia de la nuestra que no llega a rozarnos las suelas de los zapatos.

Los reuniones para tomar copas, los partidos de fútbol o las actividades del club cuando son realizadas de verdad, con intensidad, con pasión y entrega, están siempre signadas por los hombres. Todos sabemos que el impedimento para que la mujer no tenga una sincera amistad pasa por el egoísmo. No le gusta compartir nada y en eso incluyen también —y preferentemente— a su marido. En cambio, los hombres somos más generosos y no tenemos problemas que nos compartan, llegado el caso, las amigas de nuestra mujer.

En un magnífico libro sobre la vida de los gauchos argentinos —el «Martín Fierro»— ya se advierte acerca de la falsedad de los sentimientos femeninos porque en una de sus páginas dice que *"no hay que creer ni en llanto de la mujer ni en la renguera del perro".* Aunque eso es una verdadera exageración del escritor: convengamos que hay perros que son rengos de verdad.

La amistad de las mujeres es tan consistente como lo puede ser el aire. Si no, fíjense a dónde van a parar los besos que las mujeres dicen darse en ambas mejillas.

El hombre es más grosero pero más sincero en su amistad. La mujer puede decirle a otra que es divina o amorosa, que está vestida como un figurín de «Vogue», y sin embargo odiarla a muerte. En cambio, al amigo que uno más quiere, a un hermano del alma, cuando lo vemos luego de un largo tiempo por ahí le decimos:

—¡Qué haces, tanto tiempo, pedazo de bruto... !

Y el otro nos responde:

LibrosEnRed

—Pero, la puta madre que parió, ¡qué alegría de verte!

Porque, convengamos, entre los hombres hasta los insultos son amistosos. En cambio, cada vez que dos mujeres se insultan, lo hacen tratando de despellejarse con las palabras.

También son de guardar rencor hacia aquella amiga que no la invitó a una fiesta. Cualquier cosa que las deje de lado, consideran que es un desaire inaguantable. Que ella no pueda estar donde van a estar reunidas sus amigas y no poder, en consecuencia, enterarse de los últimos chismes y, lo que es peor, quizás ser la protagonista de esos chismes, la saca de las casillas. En cambio el hombre, en la misma situación de no ser invitado a una velada, guarda agradecimiento al quien lo olvidó porque al no invitarlo es seguro que le evitaron una noche de aburrimiento.

Por cualquier lado que se le mire, la amistad es cosa de hombres, porque la disfrutamos más de que la pueden disfrutar las mujeres. El placer de la confidencia se hizo para nosotros. El secreto revelado y guardado mientras se saborea un par de copas es patrimonio nuestro. El aguante que se le hace a aquel que viene con mal de amores, desesperado y al borde del suicidio, también es patrimonio masculino. Incluso, aunque el goce de una noche de amor con una espléndida mujer con el cuerpo más torneado y provocativo del mundo puede llegar a ser sublime, nunca se le compara al goce que sentimos cuando les contamos esa noche de placer a nuestros amigos del café. De verdad, no hay orgasmo que se compare.

¡No me diga que no, viejo!

LibrosEnRed

El amor nos vuelve tarados



LibrosEnRed

Volviendo a revisar en la Biblia del pensamiento de las pampas argentinas —el «Martín Fierro»— encontramos siempre una frase que define a cada uno de los temas de la vida. En lo referente al enamoramiento del hombre, dice: "Es zonzo el cristiano macho / cuando el amor lo domina". En realidad, quedaba mejor decir tarado, pero al poeta José Hernández la palabra tarado no le entraba bien en el verso. También podríamos decir que el amor nos vuelve necios, tontos, memos, idiotas, lelos, imbéciles, palurdos, estúpidos y/o soquetes.

Y es así: los hombres enamorados se vuelven unos tarados y dejan de lado la mucha o poca lucidez que tenían antes de encandilarse por un par de ojos redondos, bien parados y turgentes. Luego, con el amor viene el casamiento. Y se sabe que el hombre, para llegar al casamiento, tiene que estar muy, pero muy enamorado, porque si el amor no lo volvió tarado y está lúcido, no lo enganchan para la ceremonia nupcial ni loco, ni ebrio, ni dormido.

Para un tipo enamorado todo es lindo, y ésa es, quizás, la única explicación de que muchos esperpentos femeninos que recorren nuestra ciudad han conseguido pareja. Es que toda mujer que logre enamorarnos, terminará siendo la mujer de nuestros sueños. Porque, póngale usted la firma que, de ahí en adelante viviremos como perfectos dormidos.

Además de volvernos ciegos, el amor nos vuelve sordos, lo que nos permite soportar hacer el amor cuando nuestra pareja puso en el centro musical un compact de Luis Miguel o Enrique Iglesias. Aunque, en materia de música, los ritmos que mejor acompañan al romanticismo de un enamorado son las melodías de un tango o un bolero, según los distintos enamorados que las escuchan. El tango es ideal para el tarado triste y el bolero para el tarado alegre.

Hay que ser muy despistado para no darse cuenta cuándo uno está enamorado. Porque si no hay diferencia con nuestro comportamiento anterior y hacemos tonterías como siempre, es que ya éramos idiotas mucho antes de enamorarnos.

Pero esto de enamorarnos o no va más allá de nuestra voluntad. Uno, que se siente invulnerable a los peligros de una tierra salvaje, o no siente miedo frente a ese mastodonte con forma de portero de discoteca que pretende no dejarnos entrar, es capaz de temblar como una hoja en el viento frente a una pequeña mujer, de no más de un metro sesenta y cinco de altura, pero con unas medidas de noventa-sesenta-noventa que le desbordan el minúsculo top de seda y le rellenan perfectamente los vaqueros. Y le

LibrosEnRed

agrego que uno es capaz de enamorarse de ella, a pesar de que esa persona no sabe qué equipo de fútbol lidera en la punta del campeonato o quién es Schumacher y cuántos títulos mundiales tiene. Por algo dicen que el corazón tiene razones que la misma razón desconoce. Eso pasa porque al enamorado no le queda otra opción que razonar con el corazón, ya que cuando se enamora pierde la cabeza. Y nunca se sabe si un hombre enamorado vive en el séptimo cielo o en una nube de gases estomacales. Pero, para el resultado final, las dos cosas son iguales.

LibrosEnRed

¿Cómo conquista una mujer?



LibrosEnRed

Cualquier tipo sabe —y tengo muchos amigos que podrían dar cátedra en ese sentido— cómo hacer una conquista. Y si no lo sabe muy bien, si es un caído del catre como lo somos algunos, busca darse maña para lograr una conquista. Es como si los hombres vinieran programados para hacer esa labor, ¿se da cuenta? Además, nadie se va a escandalizar porque tal o cual tipo tienen conquistas a granel, nadie va a decir que ese hombre es un desastre y una vergüenza, cosa que con una mujer no ocurre lo mismo.

Pero en los tiempos que corren, ahora también es la mujer quien toma la delantera en eso de ir a la carga y tratar de levantarse al hombre que le gusta. Lo que los hombres no sabemos es cómo hace una mujer para levantarse con un tipo. Esta labor es muy común para el hombre que se sabe conquistador porque así lo designó la cultura de la humanidad. El hombre puede hacer una conquista a lo bruto, y si no le sale bien por esa misma brutalidad, no pasa nada; es un fracaso, nada más, y generalmente le echamos la culpa a la presa a conquistar y jamás a nuestra ineptitud. En el caso de la mujer este levante debe ser más sutil, de manera que no hiera el sentimiento machista que todos los hombres tenemos aunque muchos intenten negarlo, y que también, en el caso de que la conquista no se dé, pueda salir airosa de la situación sin que nadie se entere.

En estos tiempos de igualdad de oportunidades y trabajos en ambos sexos, una mujer puede sentir la satisfacción de ser ella la que levante, lo que vendría a constituir una modesta cuota para su logro total de mujer liberada. Con lo único que no cuenta la mujer luego de realizar una conquista es con el placer que tienen los hombres de contarlo en su barra de amigos y solazarse con lo bueno del asunto, con los orgasmos repitió en la noche y las fantasías que concretó con la pareja. La mujer no puede hacer lo mismo, porque si lo hace, las amigas, en lugar de felicitarla y disfrutar con ella —debemos recordar que son mujeres— lo primero que harían, y lo único, sería buscarle algún defecto al relato.

Tengo para mi que aunque ahora nos planteemos el tema de la conquista a cargo del género femenino —hablo de esta conquista desembozada, franca, a plena luz del día— el levante de la mujer hacia el hombre es tan antiguo como el mundo. La diferencia de estas conquistas modernas con respecto a los de otras décadas es que antes la mujer para conquistarte elegía cualquier esquina oscura y, si tu aceptabas la conquista, era seguro que luego te cobraba los servicios de ese día. Hoy es peor: si uno acepta la conquista, quizás terminará cobrándonos los servicios durante años.

LibrosEnRed

Pensando en esta labor de arremeter eróticamente contra el hombre, ¿se imaginan ustedes cómo pueden ser? Si hacemos un paralelismo con los hombres, es probable que una mujer madura, tal cual lo haría un tipo de la misma edad, se nos acerque diciéndonos una antigüedad como:

—Quién fuera pirata para robar este tesoro...

O también:

—¿Qué pasa en el Cielo que los ángeles andan por la Tierra?

Cualquiera de esos ejemplos delatará al instante su longevidad.

Ahora, si esa viejita pasó su juventud en la década del setenta, nos dirá, sin más:

—¿En tu casa o en la mía? —dándonos a entender que pertenece a la época del desprejuicio, el amor libre y *flower power*.

Las más modernas y más jóvenes, se acercarán con el verso de que su pareja no la comprende, que se siente sola y que nosotros somos lo mejor que le pasó en la vida.

Sea como sea, está bien que la mujer empiece a llevar la molesta carga de encarar una conquista. Ya es hora de que trabajen un poco... Porque la conquista no siempre nos regala flores; hay momentos que no son de tirar el anzuelo y pescar, aun en medio de un mar de peces. En ese sentido podemos imaginar a esas mujeres saliendo a la conquista un sábado a la noche, recorriendo discotecas sin lograr un miserable tipo, y a eso de las cuatro de la mañana digan, buscando desesperadamente una pareja:

—A esta hora, si es hombre, mejor...

Admito que, si soy sincero, esto último debe ser lo menos frecuente, porque el sexo femenino siempre es más afortunado a la hora de la conquista. En realidad, lo de la mujer no se denominaría técnicamente una conquista. Simplemente, la mujer estaría seleccionando material masculino que ya es de su pertenencia. Por lo menos, eso es lo que suponemos viendo lo difícil que se nos hace a nosotros, que debemos hablar como loros para conseguir que nos lleven el apunte mientras ellas con sólo arreglarse el portaligas al borde de la acera hay cinco automóviles que clavan sus frenos al mismo tiempo.

De las miles de formas de conquista que pueda implementar o imaginar la mujer a la hora de ir a la carga, hay una que no falla: la mejor conquista se da cuando encara al tipo haciéndole creer que es él quien lleva la iniciativa. O sea, haciendo lo que hizo siempre.

LibrosEnRed

De todas maneras, en cuestiones del amor de pareja somos muy pocos los hombres que admiten que se cambien los roles y que el conquistador pase a ser conquistado.

Esto último es algo que las mujeres deben tenerlo bien en claro: podrán levantarnos si quieren, si les resultamos atractivos, si pueden o si tienen ganas, pero deben saber, de movida nomás, que uno no es un hombre fácil.

¿Entendido?

LibrosEnRed

Tropezones eróticos



Todos tenemos anécdotas de conquistas, más o menos ciertas, más o menos ficticias. Conozco a más de uno que podría estar horas enteras contando sus hazañas amatorias. Cualquiera de nosotros contaría la suya sin mucho esfuerzo, porque la memoria separa lo bueno de lo malo, luego elimina lo malo y sólo nos acordamos de lo grato de nuestra vida erótica, dejando de lado los tropiezos del corazón. Por el contrario, son muy pocos los que se atreven a contar los rebotes históricos, esos terribles cachetazos en pleno orgullo de macho que han recibido a lo largo de la vida.

Pensemos que en esto de rebotar con las mujeres, aunque se lo niegue, no hay nadie que no haya tenido su buen sopapo sentimental. En eso no hay invictos, a menos que uno haya estudiado para cura desde los cuatro o cinco años de vida.

Por lo tanto, ya que ninguno se salvó de tener un rebote histórico, para sacarle provecho a esa desgracia y para que no nos duela tanto, disponemos de dos posibilidades: una, disfrutar la patinada contándola a nuestros amigos, esos que siempre nos contienen y nos dan la razón, y otra —que le ha dado fama y excelentes réditos comerciales a varios nativos de la Argentina— sería la de escribir una buena letra de tango, donde cuente que la *mina* se le fue del *bulín* con su mejor amigo en una cruda noche de otoño mientras lloraban los violines, pero la culpa era de ellos y no que uno la tenía demasiado corta o sufría de corrimiento precoz.

Sin embargo, no todos los fracasos son malos. Si bien hay algunos que son vergonzosos, hay otros que dan prestigio. Si nos da vuelta el rostro la vecina del piso de abajo, que es petisa, tiene acné, vello en las piernas y pelo hirsuto, nos morimos de vergüenza y buscamos que nadie se entere. Pero, si tuviéramos la suerte de rebotar con alguien parecida a Cameron Díaz o Michelle Pfeiffer, se lo contamos a todo el mundo. Es más, publicamos solicitadas en los diarios y salimos con un megáfono a la calle a desparramar nuestra grata desgracia.

Los rebotes que tenemos sólo se vuelven dramáticos cuando vemos que las mujeres que no nos dieron calce a nosotros se dejan cortejar con placer por nuestros amigos, esos mismos seres despreciables que siempre ganan con todas las faldas que se les cruzan. En estas situaciones, sin posibilidades de ocultar nada porque todo está a la vista, debemos buscar maneras de salir bien del rebote. No hay nada mejor que recordar la fábula del zorro y las uvas, y decir:

—Menos mal que zafé de ese adefesio.

O:

LibrosEnRed

—Total, no tenía un peso para el hotel.

O, llegando a la crueldad máxima, sin un ápice de escrúpulos:

—Me dijeron que en la cama no sabes si está dormida o desmayada.

Nadie le creerá cualquiera sean los justificativos para explicar el puntapié recibido. Pero todos, por ser amigos, van a tratar de no hacérselo saber.

LibrosEnRed

En los celos, ¿qué es lo normal?



LibrosEnRed

Los celos siempre dieron alimento a la literatura, al teatro y al cine desde antes y después de "Otelo". Tener celos es un estado natural de los seres humanos, sobre todo de los seres humanos enamorados. Es más, hay quienes necesitan que su pareja los cele un poco para sentir que son amados. Y es lógico.

No es lógico, en cambio, que la mujer llegue a las dos de mañana, con el maquillaje corrido y cara de sueño, y el tipo sólo le pregunte si la noche estaba fresca. Ahí se demuestra que no hay cariño, porque se cela por el temor natural de perder lo querido y eso es normal, común y necesario. Pero, todos sabemos que los celos tienen un límite, y luego de esa frontera se pasa a un estado enfermizo.

Lo no tenemos en claro es cuál es ese límite y, además, tampoco sabemos si nosotros mismos somos celosos normales o estamos paranoicos. Por ejemplo, pongámonos a pensar: ¿tenemos celos cuando nuestra mujer va al gimnasio con su personal trainer y también cuando va a cortarse el pelo con su peluquero preferido? ¿Somos celosos de sus compañeros de trabajo, pero además tenemos celos de su modisto? ¿Nos ponemos celosos si es fanática de un rockero, y también la celamos cuando quiere hacer amistad con bailarines de ballet? Si esto fuera así, tendríamos que pensar en pedir hora en el psiquiátrico más cercano.

Los celos, sobre todo los celos excesivos, vienen por falta de confianza en la pareja. Eso se justifica cuando la mujer que usted eligió de pareja es muy atractiva, tiene una carita seductora, pechos erguidos, una cintura breve y caderas de ensueño. Pero, en el caso de que haya elegido como pareja a un horrible loro y la cele, además de ser una falta de confianza, en usted se le agrega una falta de buen gusto y sentido común.

El tema de los celos da para todo y la psicología no se va a perder tan lindo tema. Es más, siempre un buen psicólogo encuentra interpretaciones rebuscadas para todo, porque nos remiten a nuestros deseos más profundos y oscuros, aquellos inconfesables o desconocidos, y siempre le dan una vuelta de tuerca a los temas. Cualquier psicólogo preguntaría:

—¿No será que los que celan mucho en el fondo están deseando que les metan los cuernos?

Es que la ciencia siempre se encarga de ponernos contra la pared y dejarnos sin salidas con preguntas que jamás imaginábamos que nos harían.

O sea, que algo tan natural como los celos, terminan teniendo connotaciones enrevesadas, cuando en verdad pueden ser cosas muy simple. Veamos:

LibrosEnRed

las mujeres que son celadas continuamente y aun así meten los cuernos, ¿lo hacen por malas? Tal vez no; quizás lo hagan para que sus queridos maridos no sientan que estuvieron celándolas al divino botón. Es decir, que en el fondo lo hacen —vaya explicación— por cariño al cornudo.

Todos los seres humanos somos celosos; algunos sin motivos, pero otros con motivos reales, como es el caso de los marineros, que tienen que ausentarse de hogar demasiado tiempo. Usted me dirá:

—Los marineros, al tener un amor en cada puerto, disfrutan de la vida...

Es cierto.

Pero también es verdad que, a los marineros, los cuernos se los ponen en un solo puerto.

LibrosEnRed

Cuestión de piel



LibrosEnRed

Una canción de Serrat de su álbum «Sombras de la china», dice: "Me gusta todo de ti, pero tú no, pero tú no, pero tú no…", lo que demuestra que una mujer puede ser muy atractiva y, sin embargo, no movernos un pelo. Y no es porque uno sea pelado ni que esté más cerca de la polvera que de la máquina de afeitar, sino que la realidad demuestra que las afinidades y las pasiones eróticas muchas veces no pasan por la belleza física y sí por una cuestión de piel.

La mayoría de las veces uno nunca sabe dónde radica esa cuestión de piel. Mientras que por un lado se rechaza a una chica que tiene la cara y las medidas de Claudia Schiffer, por otro lado se termina de pareja de una que hizo el casting para el papel de bruja en «Hansel y Gretel». ¿Será eso lo que llamamos cuestión de piel? ¿No será cuestión de mala visión o, lo que es más común, cuestión de hambre erótica?

Las afinidades entre un hombre y una mujer se dan o no, y no hay nadie que conozca bien las razones por qué sucede eso. Si en el atractivo de una mujer hacia un hombre hay una cuestión de piel que se pueda explicar fácilmente, póngale la firma que es una cuestión de piel de visón o de zorro.

Tampoco el rechazo por una cuestión de piel no se da porque tu novia tenga acné. Bueno, el acné ayuda mucho a no sentir una atracción de piel con una jovencita.

Uno puede sentir una atracción de piel tostada cuando ve a una hermosa mujer en bikini en la playa y a su vez un rechazo de piel cuando ve la celulitis de la que le dije. También en el verano son una cuestión de piel los romances. Muchos transpiran la piel tratando de conseguir pareja. Y con el incremento de las cirugías plásticas y los implantes de siliconas en cualquier parte del cuerpo, a pesar de que a muchas mujeres se las ve embellecidas hay cierto grupo de hombres que las rechazan. Esos serían casos clásicos de rechazos por una cuestión de piel sintética.

Pero, cuando se habla de cuestión de piel en realidad no está referido a la epidermis solamente, ni a la fragancia ni al calor de esa epidermis, sino a la atracción de esa piel más un conjunto de afinidades que pasan por los gustos y la filosofía de vida de ambos. Por ejemplo, una masoquista y un sádico, o viceversa, tendrían su atracción por una cuestión de piel. Una piel hecha jirones a latigazos, pero piel al fin.

LibrosEnRed

La diferencia entre el soltero y la soltera



Según el género de cada uno, la soltería a una edad avanzada se la ve como un blasón distinguido o como una terrible desgracia. Y esta diferencia es en el caso de que sea un soltero o una soltera. Del hombre se dice:

—Qué tipo vivo. No pudo cazarlo ninguna y se mantiene invicto en el casamiento...

Diploma de distinción.

En cambio, de la mujer se comenta:

—Pobre, con la edad que tiene y sigue sola...

Estigma para siempre.

Es que la diferencia entre una soltera y un soltero es la misma que hay entre la envidia y la lástima. Porque si una soltera no consigue pareja dicen que no engancha nada, que algún defecto deberá tener, que los años se le van cada vez más rápido y si no se apura quedará para vestir santos, como decían las antiguas comadres de barrio. Pero si un soltero no engancha nada, eso es tomado como una virtud, aunque el tipo esté desesperado por tener alguien a su lado que lo atienda y lo mime. Por supuesto, jamás lo va a decir, y cuando le comentan sobre la posibilidad de armar una pareja, dirá:

—Por ahora me voy salvando...

Quizás en ambos casos no haya nada divertido y sí mucho de bajón, pero el hombre siempre corre con la ventaja de sentirse orgulloso de su soltería, que le da patente de vivo entre sus amigos casados.

Además, el soltero en la barra de amigos es útil, sobre todo para los casados. Sirve para que, cuando alguno de los amigos casados tiene una amante y es descubierto, el soltero puede tomar para sí a la joven en cuestión y simular que es su amante, ya que él es totalmente libre para hacerlo.

—Tu amigo tiene más mujeres que un sultán —dirá nuestra mujer frente a un caso así.

—Y, él puede... —responde uno.

Pero una soltera no puede hacerse cargo del amante de su amiga, porque enseguida el marido dirá:

—Esa es una loca. No es bueno que te juntes con una mujer así. No me gustaría que tuvieras la ocurrencia hacer lo mismo que ella...

Otra de las diferencias es que el hombre soltero, es soltero y listo. Los hombres solteros son todos iguales. La mujer debe explicar cada día de su vida

LibrosEnRed

porque está sola, porque una soltera no es igual que otra soltera. Están las solteras que no enganchan nada, están las solteras que no tienen pareja porque son inaguantables, y están las solteras que viven en la dolce vita. Y, generalmente, por más que explique no convence a nadie con sus buenas intenciones.

—¡Ésta mujer debe andar en cada orgía...! —dirán las malas lenguas.

Pero la diferencia sustancial entre el soltero y la soltera es que los primeros pretenden que cada nueva relación sea efímera, mientras que para las segundas cualquier relación efímera es soñada como permanente. Eso hace que el soltero sea liviano y divertido, y la soltera una triste pesada. Por regla general, claro.

Sabemos que no todos los solteros y solteras tienen ese título para siempre. Todo el mundo es soltero en los primeros años de su vida; la mayoría deja de serlo apenas pasa los veinte años, y son muy pocos los que transitan esa década sin ser salpicados por el deseo mayoritario de tener pareja estable. Pero, ¿cuál es el momento en que se convierten en solteros y solteras sin vuelta atrás? En el caso del hombre ese momento es indefinido, porque el hombre vive su soltería como un león en la selva en plena temporada de safaris, y todo el mundo cree que no logrará seguir vivo —digo, soltero— por mucho tiempo. Esta idea de que en algún momento va a caer, hace que recién cuando pudo zafar de varias trampas y canceló unos cuantos noviazgos que parecían ir en serio, se le empieza a reconocer como un soltero empedernido. Pero en el caso de la mujer hay una fecha clave para recibirse de soltera edad y es cuando se le casa la última amiga que andaba suelta, ésa que todos creían que al matrimonio no llegaba ni prendiéndole 144 velas a San Antonio.

En ese momento, mientras a la amiga le dan la alianza, a la última soltera le dan el diploma de solterona.

LibrosEnRed

¿Por qué a las mujeres no les gusta el fútbol?



LibrosEnRed

Muchos sociólogos intentan explicar las causas por las cuales, en la actualidad, el matrimonio está pasando por tantas dificultades que hacen que se encuentre esta célula básica de la sociedad, en muchos casos, al borde de la disolución. Los estudiosos en la materia deben tener argumentos de peso para dar una versión cercana a la real mucho más que nosotros.

Algunos arriesgan que las teorías de la liberación de la mujer han hecho del hogar un campo de batalla y un sitio a destruir, otros suponen que esta crisis es producto de los cambios de hábitos sexuales que terminaron con el matrimonio cerrado transformándolo en parejas abiertas sin los códigos de antaño, y muchos se inclinan por las sucesivas crisis económicas que le han quitado a ambos cónyuges las ganas de mantenerse unidos peleando eternamente contra la falta de dinero necesaria para sustentar un hogar decente. Sin embargo, la causa fundamental de los problemas matrimoniales viene por el fútbol. Y no porque el fútbol sea el culpable de la situación. ¡Culpable es la mujer, que no le gusta el fútbol!

Nosotros, los amantes del fútbol, nunca llegaremos a entender cómo puede ser que a un ser humano no le guste el más hermoso y popular de los deportes. Y aquí no hablamos de que puedan existir otras preferencias deportivas: a una mujer le puede gusta Alejandro Sanz y no Luis Miguel, o le puede gustar Brad Pitt y no Keanu Reeves. Pero, si no le gusta el fútbol, ¿qué otro deporte le queda?

Ninguno.

A las mujeres les gusta ir a los desfiles de moda, pero no frecuentar una cancha. Por supuesto, ir a un estadio no es lo mismo que sentarse al costado de una pasarela; la ropa que pueden ver en las tribunas no son para nada parecidas a los de las grandes casas de París y la elegancia de quienes las visten no representan ningún ideal de belleza. Por otro lado, la mujer no pondría nunca la pasión que nosotros ponemos en un club de fútbol. Si el equipo que a ella le gusta gana el campeonato o si, por el contrario, queda afuera de una final de copa, a nuestra mujer no le hace ni cosquillas. Emoción: cero. Ella tiene la cabeza sólo para tonterías como el pago de los servicios, el colegio de los hijos, el aumento de los comestibles, los gastos comunes y la tarjeta de crédito.

Otro detalle interesante, digno de un estudio psicológico que a nosotros ni nos va ni nos viene, es que todo lo que pasa en la cancha tiene fuertes connotaciones sexuales. Meter un gol tiene una imagen de acción sexual muy importante, ganar el partido nos produce un goce parecido al orgasmo y las bromas a la parcialidad contraria giran en torno a los genitales y

LibrosEnRed

otras regiones erógenas. Como las mujeres no participan de nada de esto, podríamos decir que, en materia de fútbol, a ellas siempre les duele la cabeza o sufren de una frigidez congénita.

Además, el fútbol es muy complicado para su reducida capacidad para las matemáticas. El día que sepan sacar los cálculos del promedio del descenso, el gol average y los puntos estratégicos que hay que obtener de visita o de local, podríamos decir que están preparadas para ir a un estadio. Encima, habría que empezar explicándoles que la Copa del Rey no es una fiesta nacional ni una bebida espirituosa, que el Tribunal de Disciplina no es para hacer un examen a los jugadores y que Fifa es la organización mundial del fútbol y no una palabra sacada de un trabalenguas. Porque la certeza que tenemos de que la cabeza de la mujer tiene menos capacidad de absorción de información que la del hombre se demuestra cuando vemos que la figura de un ídolo musical de moda ocupa totalmente su cerebro. En cambio, el hombre puede tener en la cabeza a veintidós futbolistas y todavía le sobra espacio para el árbitro y dos jueces de línea.

Tampoco entienden los códigos del fútbol. Ellas no sabrían a quién conviene insultar en la cancha y pueden entrar en un lío tremendo con los otros hinchas que tengan al lado. Nosotros, en cambio, sabemos que conviene insultar a los que son menos. Por ejemplo, antes que insultar a los contrarios, que son once, hay que insultar a los árbitros, que son tres.

Por estas razones, y por muchas más, la mujer es un caso perdido para la pasión del balompié. Las mujeres, como cualquier consumidor de televisión por cable, tienen fútbol en la pantalla los siete días de la semana y en varios horarios. ¡Y ni así se entusiasman!

LibrosEnRed

La mujer sufre y el hombre disfruta



LibrosEnRed

A la hora de encarar el inicio de una relación amorosa, los sentimientos que el hombre y la mujer ponen en ella son diferentes. En los primeros flirteos, la mujer sufre la situación. El hombre, en cambio, la disfruta.

Constituye tal sufrimiento para una mujer el acto del levante —sea ella activa o pasiva en el hecho— que queda resentida para toda la vida. De otra manera no se explica que, cuando se casa, no deja de mortificar al marido mientras vive.

El hombre, sin duda, tiene una filosofía mucho más alegre para ese momento. Para el hombre no hay dramas de ninguna especie. En principio, mientras ellas esperan enganchar a Tom Cruise, nosotros nos conformamos con que sea parecida a la mucama portorriqueña de Michelle Pfeiffer. Cualquiera nos viene bien. Si es hermosa, en rueda de amigos decimos: "¡No saben la potra que me levanté!", y los matamos de envidia. Si es fulera, decimos: "¡No saben el bicho que me levanté!", y nos matamos de risa contando la conquista y sus avatares. Por lo cual, para el hombre común una conquista siempre es algo divertido.

Uno de los grandes temores de las mujeres en los primeros contactos con el hombre es el de no poder comportarse como una diosa del Olimpo, o sea, alguien que no eructa, que no se le escapa un moco ni una escupida, que no va de cuerpo ni expele gases, por lo cual el menor gesto escatológico las abochorna y las deja rojas como un tomate. En cambio, eso tampoco preocupa al hombre. Es más, el hombre mismo procura tener algún toque escatológico, aunque sea pequeño. ¿Por qué? Porque un hombre que no tenga algún grado mínimo de chancho puede ser confundido con un gay y terminaría decepcionando a la posible conquista.

Siguiendo con los sufrimientos, también vemos que la mujer sufre porque piensa que todo levante es definitivo, que aquel tío que se le acercó pensando en un romance furtivo, de horas quizás, será quien la acompañe hasta que ella tenga la cabeza encanecida.

Como dice el cura:

—Para toda la vida.

Ahí reconozco que es un sufrimiento válido, ya que debe ser terrible para la mujer pensar que esa bestia que tiene enfrente va a tener que aguantarla por el resto de su vida.

El hombre disfruta porque la naturaleza lo ha hecho así. Son tan pocas las probabilidades de que el ligue sea efectivo y muchas que termine en fracaso, que en el momento de conquistar la alegría se multiplica varias veces.

LibrosEnRed

Porque, además de la alegría del triunfo, está la satisfacción de haber hecho un buen trabajo. Aunque esto último es un engaño: el hombre cree que maneja la situación y no es así. Cuando se casa comprueba que tampoco maneja su dinero, ni su casa, ni siquiera su auto en los casos en que su mujer va de acompañante.

En general, la mujer sufre y el hombre disfruta el levante. Salvo en las relaciones sadomasoquistas, en donde la mujer, aparte de sufrir, también disfruta.

LibrosEnRed

¿En qué cita te acuestas?



LibrosEnRed

Los hombres vivimos observando y catalogando a todas las mujeres. Necesitamos, por nuestra propia inseguridad, etiquetar y clasificarlas para poder avanzar hacia ellas con alguna certeza. Por eso, cada acto de la mujer es, para nosotros, una revelación de su personalidad. Por ejemplo, para ubicarla en nuestro catálogo y luego prever sus reacciones, nos resulta casi imprescindible saber en qué cita la mujer accede a tener relaciones sexuales.

Hace unas décadas atrás —podríamos decir que incluso en la década del '6o, con todo lo que tuvo de revolucionario en materia de sexo— eso era fundamental para dividir a las mujeres en recatadas, liberales y locas. Por esa época la mujer que se acostaba en la primera cita era una loca rematada, si lo hacía apenas transcurridos los primeros encuentros era de costumbres liberales, y si lo hacía luego de años de noviazgo era una joven recatada. Hoy los plazos se fueron acortando, de tal manera que la diferencia de tiempo para aceptar acostarse, entre una loca de remate, una liberal y una recatada podría oscilar entre los quince o veinte minutos.

Ya no sucede, como pasaba antes, que los padres sientan temor de que su hija se acueste en la primera cita. Ahora el temor es que no lo haga, que su posible pareja se desencante por ello y se vaya, y tengan que aguantarla en casa para el resto de la vida.

Frente al hecho de tener relaciones antes del matrimonio —a pesar de que el matrimonio no esté en los planes o que éste nunca llegara a consumarse— se ven tanto a mujeres ansiosas por llevar a cabo relaciones sexuales como aquellas que son temerosas de hacerlo. Pero unas y otras tienen sus relaciones generalmente en las citas iniciales: las ansiosas debido a su desasosiego por saber cómo es el otro y las temerosas para ir a los bifes enseguida y no tener un desengaño en el futuro. De cualquier manera no se sabe si las mujeres actuales, con su recurrencia al lecho, buscan el ideal de pareja o están haciendo un casting de amantes. Y esto que le digo del casting no es caprichoso: si en la primera cita la cosa no anda bien termina como una mala obra de teatro, o sea, debut y despedida.

A las señoras mayores, recatadas y atentas a las reglas ancestrales del honor y la virginidad, les digo que en estos momentos no es tan sencillo para la mujer ir a acostarse en las primeras citas. Hay veces que se generan muchas dudas. Por ejemplo, y sin ir más lejos, está la duda si acostarse en la casa de ella o en la casa de él.

LibrosEnRed

Cómo goza más el sexo, ¿con historia o sin ella?



LibrosEnRed

Ya es un lugar común decir que una relación sexual de pleno goce se da cuando, además de la atracción física, hay toda una historia sentimental fuerte en la pareja, lo que potencia el placer del encuentro. Es lo que dicen todas las revistas del corazón, que no se resignan a dejar esa concepción romántica del amor hecho sobre la base de sentimientos profundos y elevados. Pero no todos están de acuerdo con eso, porque sabemos de aquellos que tienen relaciones ocasionales, casi furtivas, en donde no hay otra cosa que atracción física y la pasan muy bien.

Por ejemplo, nadie tiene un amor clandestino si no cree que va a gozar de una manera mejor o distinta de lo que lo hace habitualmente. Si bien tener sexo con una persona querida con la que se comparte todo es placentero, muchos piensan que esa otra posibilidad —que los hombres llaman un amor de «toco y me voy»—, les va a dar el placer que la rutina les niega. Por eso siempre tenemos la duda de qué es mejor o en dónde hay más placer, porque tener sexo con una persona casi desconocida nos permite algunos delirios eróticos que, por pudor, no nos animamos a concretarlos con quien nos vamos a ver las caras todos los días. Uno puede tener —quien no ha tenido— una relación sexual con alguien, a quien apenas frecuentó por unas horas, y con la cual hicieron el amor explorando partes del cuerpo no convencionales. Eso mismo no nos atrevemos a hacerlo con nuestra pareja estable, tal vez por miedo a que no le guste. O, lo que es peor, que le guste demasiado y luego, en el futuro, no sepamos como manejar la situación.

Al margen de esto, si bien no se sabe con qué se goza más, podemos intuir que una relación sin historia previa hace gozar a más personas. Me refiero a los dueños de los hoteles que nos albergan, a los detectives privados que nos van a seguir y a los abogados que van a iniciar los trámites de divorcio.

Las relaciones con historia son gratas, pero costosas. A veces, sacando cuentas, es más barato una relación furtiva en el hotel más caro que una relación en el hogar sabiendo que debemos 124 cuotas de la hipoteca de nuestra única casa.

Quizás uno se erotiza más con una desconocida porque jamás volverá a verla, y la recordará con sus medias caladas y su aroma a perfume francés. Jamás la imaginará a las ocho de cualquier mañana, despeinada y con una remera llena de agujeros, tal como vemos a nuestra mujer a diario.

Por otro lado, el tener sexo sin historia, sin conocimientos anteriores, se adapta mucho a los tiempos modernos. Vienen a ser los video clips de las relaciones sexuales. Porque ahora todo es más rápido. Antes era: «Hasta

LibrosEnRed

que la muerte nos separe». Hoy, la muerte nos puede separar si llega el marido antes de lo previsto.

Además, con la crisis, los hombres tienen cada vez menos apego al compromiso posterior. Si seguimos así, pronto van a aparecer hoteles con dos salidas individuales.

Tampoco es cuestión de hacernos tanto problema con el hecho de tener una relación sexual sin historia previa o tenerla con la persona a la que nos une recuerdos y convivencia, porque llegaremos a una edad que una cosa va a ser igual que la otra. Alzehimer mediante.

LibrosEnRed

La mujer moderna es más libre pero no más feliz



LibrosEnRed

Desde hace muchas décadas el mundo asiste a una permanente revolución femenina. Según ellas, luego de milenios de sometimiento han comenzado a pelear por su lugar como verdaderos seres pensantes e independientes. La mujer se liberó, es cierto, pero a las obligaciones que tenía cuando era una sometida, se le agregaron las nuevas que son todas aquellas que la misma mujer se impuso.

A esta nueva clase de mujer se la llama *la tercera mujer*, aunque yo creo que es más real decir que es una mujer que trabaja por tres.

Según Gilles Lipovetsky —aclaro que soy tan poco informado que conozco a este filósofo sólo por las revistas— la primera mujer es la despreciada, la segunda es el objeto de amor y la tercera es la independiente y activa. ¿Este tipo se estará refiriendo a nuestra mujer, a nuestra secretaria y a nuestra jefa de oficina?

Siguiendo con su pensamiento, Gilles —no lo conozco pero ya entré en confianza— dice que una mujer liberada tiende a anular a su pareja —imaginamos que se refiere a una mujer heterosexual y que su pareja es un hombre—, por lo cual el tipo que esté a su lado tendrá la importancia de un poroto. Es obvio que el filósofo, al lanzar esta idea, está indicando que él no se siente anulado para nada. Si el silogismo no me falla, Gilles debe tener la suerte de estar casado con una sometida.

No estoy en contra de la lucha femenina por sus derechos, pero creo que algunas exageran al creer que ellas, hoy en día, son mucho más que la antigua mujer sometida y sumisa. Con tantas partes del cuerpo que la mujer moderna se quita a fuerza de cirugías plásticas, en lugar de ser más es probable que sea menos.

Siguiendo con su línea de pensamiento, el filósofo afirma que la tercera mujer, al ser audaz y nueva, tiene un futuro incierto. Como están las cosas, el futuro incierto es de la tercera mujer, de primera mujer, de la segunda, las demás mujeres y de todos los hombres. A esto se le agrega que si la mujer moderna tiene que ser buena madre y además triunfar en su profesión, nunca va a ser feliz. Con los disgustos de los hijos, los bajos salarios, las jornadas de diez horas y las presiones del jefe eso es imposible. Si te liberas para sufrir, es mejor seguir en cana, ¿no?

Pero, para darle vigor a la idea de ser una tercera mujer y no cualquier cosa, se afirma que la mujer que se queda en la casa se empobrece. Eso es cierto, sobre todo si su marido está desocupado y los hijos no traen un mango a casa.

LibrosEnRed

Yo me enteré hace poco de la teoría de la tercera mujer lanzada por Lipovetsky, pero él asegura que la mujer entró a ser moderna desde hace sesenta años. ¡Sesenta años es un montón de tiempo! Si es así, ¿de qué mujer moderna me habla este tío?

Al final, esto de ser mujer moderna, sacrificada y menos feliz, es más viejo que mi abuela, que hace sesenta años recién entraba en la primera adolescencia.

LibrosEnRed

Las alarmas en la pareja



LibrosEnRed

Si uno de la pareja elige cambiar la cama matrimonial por camas separadas es una señal de que la cosa entre ellos anda mal, y esta decisión es la primera señal de alarma. Si ambos acuerdan dormir en cuartos separados es que la cosa sigue mal. Y sigue peor cuando deciden que los cuartos estén en dos casas diferentes.

El paulatino desgaste de una pareja se nota cuando, lentamente, cada uno va dejando de hablarle al otro. A medida que pasa el tiempo sus conversaciones son más escasas, hasta el momento en que ninguno de los dos quiere iniciar una charla. ¿Por qué pasa esto? Pasa por el temor de que la única respuesta del otro sean tres palabras:

—Quiero el divorcio.

Pero no sólo ese mutismo es señal de alarma. La menor frecuencia de los actos sexuales es una luz amarilla en la pareja. No siempre esto es una señal inequívoca de ruptura, porque hay veces que es sólo una falsa alarma, y con un frasco de viagra todo vuelve a la normalidad.

Que el hombre esté todo el día afuera también es una señal que el matrimonio no funciona. Y si se queda todo el día en casa, también puede ser mala señal. Conozco casos de tipos que no salieron durante muchos días de su casa para no tener que darle un beso de despedida a su mujer.

Un síntoma clásico de desamor es la indiferencia, mucho más que ningún otro. Si su mujer lo trata con frialdad, mala fariña. Si encima lo trata de usted, preocúpese. Y huya despavorido si un día ella le pregunta de dónde se conocen.

Y usted, señora, cuídese de sentir que su marido le empieza a decir:

—Sácate los ruleros que delatan los años que tienes.

—Ese salto de cama es igual al que usaba mi abuela.

—Las chancletas tienen bigotes parecidos a los tuyos.

—¿A qué baile de disfraz vas con esa careta de crema?

Con esos comentarios usted, señora, deberá intuir que su marido ya se consiguió otra. O, lo que es peor, que su cirujano plástico y su modisto la vienen engañando desde hace años.

Pero no hay nada peor que los olvidos para darse cuenta que uno está frente a una señal de alarma. Por ejemplo que el marido, en las vacaciones, comience a sacarle pasaje sólo para su mujer y se olvide de sacarse uno para él. O, caso contrario, que saque pasaje para él y se olvide de sacarle

LibrosEnRed

uno a su señora. O, algo más terrible aún, que saque un pasaje para una isla del Pacífico sólo para ella, ¡nada más que de ida!

LibrosEnRed

Las cosas que dejamos pasar



Todos soñamos con tener una pareja ideal, pero bien sabemos que la pareja ideal no existe, y que al final nos vamos a enamorar de alguien que tiene tantos defectos como los que tiene uno.

Pero hay defectos que uno puede soportar. Incluso hay defectos que nos agradan o nos divierten porque son iguales a los nuestros y por esa razón les sentimos cariño. En cambio, hay "cositas" —detalles— que no nos caen bien. Algunos, desde el principio, los detectamos y los dejamos pasar, tal vez por ese estado de zombies que tenemos cuando estamos muy enamorados y pensamos que hasta lo más detestable de ella —de él, en el caso de las mujeres— es agradable, o porque suponemos que va a desaparecer con el tiempo. Pero luego, cuando pasan los meses, y los años, dejamos de tolerarlos.

Un día estos defectos se instalan en el medio de la relación como si irrumpieran de pronto en nuestras vidas. ¿Qué pasó? En realidad, no aparecen de golpe sino que dejamos ese estado de no querer verlos. Por eso, para curarnos de esa falta de visión, no hay mejor oculista que un tiempito de convivencia.

Uno de esos detalles que dejamos pasar en la época de pleno enamoramiento son las costumbres escatológicas. Las manía de tener expectoraciones hacia cualquier parte,. rascarnos la nariz o las orejas por adentro, cortarnos las uñas de los pies en el living o tener deflagraciones intestinales son algunas de las malas costumbres que se ignoran al principio. Muchas parejas terminan para el tujes por culpa de los escapes escatológicos del tipo. Y lo paradójico que, en esos casos, sea el propio tujes el causante. Se sabe que el amor es ciego, y si el amor deja pasar estos hechos escatológicos, podríamos decir que también es sordo.

Menos grave para nuestro físico pero desgastador para nuestra mente son las impuntualidades. Siempre hay uno de los dos que es impuntual, y a medida que pasa el tiempo el lapso de demora se agranda. A tal punto que al otro no se preocupa si llegan a pasar dos horas de la convenida. Lo malo es que el otro toma confianza y termina pasando una semana.

Decir mentiras debe ser el defecto que más se deja pasar en los comienzos. "Miénteme, que me gusta" ha pasado a ser una frase simpática. Y la pareja, primero por tonterías, empieza a disfrazar la verdad, y luego a mentir directamente. Al final, la única verdad que se puede conocer del otro es que siempre miente.

LibrosEnRed

Un romántico que lleva a pasear a su pareja por una avenida costanera, a la luz de la luna y la mujer queda con los pies hechos trizas, es, en realidad, un tacaño que no quiere pagar un taxi.

La fogosidad de nuestra novia oculta una trotacalles que está esperando que nosotros hagamos un viaje fuera de la ciudad para divertirse con nuestros amigos.

Son tantas las pequeñas cosas que con el tiempo uno no tolera de la pareja, que la única manera de arreglarse y volver a vivir en armonía es cambiando.

Cambiando de pareja, digo.

LibrosEnRed

Las mujeres son más groseras



LibrosEnRed

A veces pienso que una de las tareas más importantes del mundo es misión de romper mitos y sacar a la luz verdades que la mayoría se niega a ver. Por ejemplo, es bueno desenmascarar el mito del glamour femenino, algo que todos damos por sentado cuando decimos que la mujer es tan delicada como el pétalo de una rosa.

Durante siglos se nos ha machacado con la mentira de la delicadeza, de la finura y el buen decir de las mujeres. Hoy, escuchando a pasar cualquier conversación entre jovencitas, comprobamos que las mujeres son más groseras que los hombres. Una imagen vale más que mil palabras, pero no hay ninguna imagen que sustituya un buen insulto femenino.

Que las mujeres conocen muchas más malas palabras que los hombres es una verdad sin vueltas. Además de las que nos dicen a nosotros cuando no le damos el asiento del ómnibus o un sitio en la cola de los impuestos, están las que se dicen entre ellas y que nunca conoceremos, porque el misterio femenino ahí funciona muy bien. Las hay tan mal habladas que parecen tener el cerebro colonizado por un loro de chiste verde.

Son tantas las variaciones que le dan a los insultos, que decir, como se dice vulgarmente, que la mujer no piensa es mentira. Si no, ¿cómo hacen para inventar todos los días un insulto nuevo?

Todos recordamos que Gustavo Adolfo Bécquer, allá por el siglo diecinueve, se preguntó qué era poesía, y dirigiéndose a la mujer dijo: «Poesía eres tú». Si esto es cierto, la poesía, ciento cincuenta años después, la estará escribiendo el guionista de un cómico de cabaret.

Para contraatacar, más de una mujer dirá que los hombres son también groseros y mal hablados como ellas. Si somos mal hablados será porque en nuestra tierna infancia fuimos educados por una mujer. Si no fue una madre, fue una maestra.

La mujer no es una flor de suave fragancia o una sutil niña que anda saltando por los bosques con vestidos de gasa, sino la grosería hecha palabra. No hay más que entrar en un baño de damas y leer los *graffitis* que dejan, o parar la oreja en una reunión cuando varias se juntan en un rincón para hablar de sus tropelías. Haciendo esto, no sólo conocemos cosas nuevas del misterioso mundo femenino sino que, además, aprendemos nuevos insultos con los cuales lucirnos en situaciones extremas.

Al cabo de estas líneas usted creerá que estoy exagerando. Es más, podrá nombrarme a un grupo de mujeres de su conocimiento que son el refinamiento en persona. Esas mujeres existen, no lo niego.

LibrosEnRed

Lo que sucede es que cuando las escucho hablar con tanta exquisitez, estoy seguro que en ese momento sacaron a relucir su costado masculino.

LibrosEnRed

Las pequeñas cosas que erotizan



LibrosEnRed

En materia de estímulos eróticos, no siempre las cosas son ni como el sentido común pareciera indicar ni tampoco como las películas XXX pretenden enseñar. No hay ningún libro que pueda marcar la totalidad de las zonas erógenas de nuestro cuerpo, porque cada uno las tiene en los lugares más impensados, y nos sentimos excitados de las maneras menos comunes.

No es necesario ir a los lugares clásicos como los genitales, el cuello o la oreja, para sentir placer. Una rascadita en la espalda o una caricia en los dedos de los pies puede ser suficiente para sacar afuera al indio y encender la pasión más descontrolada. Pero, ¿cuántos modos más habrá para estimularnos? Si uno observa a una parejita haciéndose arrumacos que uno las ve como simples roces o caricias, sin pensar que, en el fondo, deben estar gozando más que en una orgía romana.

Nunca se sabe, pero cualquier pedido raro o diferente de nuestra mujer puede ser una pequeña cosa que la caliente. El erotismo está en todos lados y es posible que en los gestos más inocentes. Si nos pide que la ayudemos a atarse el pelo o a subirse el cierre de un vestido, uno puede llegar a preguntarse:

—¿En que posición del Kama Sutra estará pensando?

En cualquier momento de la relación nuestra pareja puede descubrir una nueva caricia que la erotiza como ninguna otra. Eso es posible, y totalmente lógico. Pero, como uno es paranoico, enseguida pensamos en quién será el sinvergüenza que se la enseñó. Muchas mujeres se quejan de que nuestras caricias siempre vayan a los mismos lugares. Dicen que no nos damos cuenta cuáles son las pequeñas cosas que realmente las vuelven fogosas y apasionadas, y con las cuales gozan de verdad. Nos lo dicen, lo recalcan, lo explican, lo sugieren. Insisten, como si a nosotros nos importara eso.

Pero, buscar el erotismo mediante el juego previo no siempre tiene un buen final. Son tantas las pequeñas cosas que desarrollan la pasión y el deseo, que no es raro quedarnos dormidos antes de terminar de practicarlas a todas.

Sucede en estas cuestiones del erotismo todo es muy personal y sutil. No siempre sentimos lo mismo que sienten otros con iguales caricias. Tampoco somos tan diferentes, esa verdad. En el fondo, las variantes eróticas son mínimas. Es por eso que, si nos sucede muy seguido que a nosotros no nos produce ningún placer cuando ponemos en práctica un juego erótico que nos relató algún compañero del trabajo, es una luz roja que deberíamos prestarle atención.

Y pedir hora para consultar al sexólogo.

LibrosEnRed

Mujeres insatisfechas



LibrosEnRed

Las mujeres con pareja estable tienen una queja casi unánime: en materia sexual, siempre se quedan con las ganas. Si el hombre de una pareja estable es fiel, hay una mujer que se queda con las ganas. Pero si el hombre es infiel, póngale la firma que hay dos.

Es que, según las mujeres, el orgasmo de algunos hombres es tan rápido que cuando la mujer le dice que empiece él contesta:

—¿Cómo? ¿Quieres hacerlo otra vez?

Lo que deja insatisfecha a la mujer es que su pareja tenga el orgasmo más rápido que ella. Y eso es lo que sucede en muchos casos: cuando la esposa llega al orgasmo a la once de la noche el esposo llegó al orgasmo a las seis de la tarde. Por supuesto, con la secretaria.

¿Por qué esa diferencia en rapidez entre ambos orgasmos? Se han dado varias explicaciones científicas y, aunque cueste creerlo, incluso desde la antropología. Se especula que el hombre primitivo debía realizar su tarea sexual de manera veloz —por aquella época sin whisky previo ni cigarrillo posterior— porque en esos instantes es cuando el ser humano se encuentra totalmente desprotegido a merced a los animales que acechan. O sea, cuanto más rápido se hacía el acto sexual, menor era el momento de peligro. Hoy lo seguimos haciendo, porque a pesar de que no tenemos animales que nos acosen uno piensa que siempre hay algún marido que puede llegar antes de lo previsto.

Las mujeres casadas que se quejan de la precocidad del orgasmo masculino deberían haberse dado cuenta de esta velocidad del tipo mucho antes de armar su pareja estable. ¿No es un síntoma claro que las dos horas de hotel le alcance a su pareja para hacer el amor, charlar sobre la última fecha de fútbol y además resolver las palabras cruzadas del diario?

Esta insatisfacción femenina por el cumplimiento breve del deber matrimonial es lo que les hace temer a algunos maridos que ellas busquen afuera le placer extenso que no tienen en la casa. Sólo hay una cosa que protege a estos cónyuges émulos de conejos y es que, en general, las mujeres piensan que todos los hombres son iguales. Gracias a eso, por miedo a que se repita la frustración hogareña, muchas mujeres insatisfechas no les dan por engañar a sus maridos con otros tipos.

LibrosEnRed

El sexo, ¿es lo mejor que hay?



Para la mayoría de los hombres y mujeres, elogiar y poner en primer plano el placer que da el sexo casi no tiene discusión, porque nadie puede negar que hacer el amor es uno de los goces supremos de los seres humanos. Entonces, ¿por qué preguntamos si el sexo es lo mejor que hay? ¿En dónde está la controversia? La duda a discernir es si existe alguna otra cosa en el mundo que lo pueda superar.

Por ejemplo: ¿es mejor una mesa de manjares que hacer el amor con la mujer soñada? ¿Alguien cambiaría una noche de sexo total por un auto deportivo? ¿Podríamos, si nos dan una enorme suma de dinero, soportar la abstinencia amatoria para siempre? ¿Seríamos capaces de perder nuestra capacidad sexual a cambio de un lugar de mucho poder? Muchos dirán, en cualquier caso, que prefieren las dos cosas, pero debemos imaginar que si tomamos una no podemos tener la otra nunca más. Si no lo pensamos así, la encuesta no sirve. ¿Y quién se privaría del sexo, para siempre, por las otras cosas? Tengo un amigo, obsesionado por el sexo, que frente a mi pregunta sobre el orden de prioridad entre una buena comida, un viaje por el mundo o hacer el amor, dudó un buen rato.

—No sé que responderte —me dijo—. Me cuesta decidirme entre una comida afrodisíaca, realizar un tour erótico por Balí o hacer el amor.

Pueden haber casos puntuales en los cuales la decisión esté tomada de antemano. Schumacher se decidiría por un auto deportivo, un etíope por la mesa de manjares, un político sudamericano por una enorme suma de dinero y los curas no tendrían problema en la abstinencia amatoria.

Ahora bien, si imaginamos que la prioridad está en el sexo, si queremos que una relación sexual se transforme en lo mejor del mundo, hay que pensar que deberíamos poder contárselo a los demás. Si no, ¿qué gracia tiene una brillante relación sexual si no puede ser disfrutada en la reunión en el bar? En este sentido, siempre tuve la duda con que gozamos más, si con hacerlo o con contarlo. Y es que a veces ponemos tanto énfasis al relatar la hazaña amatoria, que no falta alguien pidiéndonos el nombre de tan gloriosa partenaire. Porque, si gozamos tanto, desde el vamos descartan que la susodicha pareja fue nuestra legítima esposa. Vale la pena aclarar que nosotros, machos vanidosos, irrefrenables e insaciables, cuando hablamos de una relación sexual a todo lujo dejamos de lado el deber conyugal, algo tan parecido al amor como lo es un abogado a la ley.

Convengamos, por otro lado, que el problema de optar entre algo material y el amor es casi exclusivo de los hombres. Porque en las mujeres la disyuntiva se resuelve muy fácil: entre hacer el amor o tener una buena

LibrosEnRed

cena o recibir dinero, ellas eligen hacer el amor sin dudar. Ellas saben que antes de hacer el amor siempre disfrutan de una buena cena y después de hacerlo podrán disponer del dinero que quieran.

Yo considero que hacer el amor con una hermosa mujer es lo más grande que hay y es el mayor sueño de cualquier tipo, que no lo cambiaría por ninguna otra cosa material. Aunque, les aclaro, siempre que pensé en ello tuve el temor de que, si se concreta esta fantasía, esa hermosa mujer tal vez viva nuestro sueño como si fuera una pesadilla.

LibrosEnRed

Perfume de mujer en primavera



LibrosEnRed

La primavera es la estación del año en la que todo brota, de repente, de la nada. Brotan las plantas, los árboles, las flores. Aparecen y nos sorprenden. Como nos sorprende la mágica aparición de las mujeres.

Sí, de las mujeres, digo bien. Porque yo les llamo mujeres a esas ninfas que brotan por todos los rincones apenas despunta setiembre. De ninguna forma se les puede llamar mujeres a esas cosas que se nos aparecen en invierno, metidas en enormes abrigos y espantosas bufandas, con horribles zapatones de leñadores, encorvadas por el viento y moqueando por la humedad que, como todos saben, es lo que mata. Al *glamour*, me refiero.

Esta llegada se da en todas partes. En el supermercado, y de un día para el otro, se van esas brujas pálidas con narices rojas que atienden en las cajas. En su lugar aparecen niñas etéreas de gráciles movimientos a las que nos da gusto dejarle la mitad de nuestro sueldo por dos miserables bolsas de alimentos.

En la peatonal brotan de a miles. Aunque éstas, al igual que las brujas de invierno, nos siguen pechando, pisando y golpeando con sus bolsas de compras. Pero no es lo mismo. A las otras les gritábamos:

—¡¿Adónde vas, loca?!

En cambio, a estas les susurramos:

—Golpéame de nuevo, mamita...

No quiero pecar de exagerado, pero hasta la funcionaria que nos hace el trámite de los impuestos es una ninfa. La quiosquera, que antes nos vendía los cigarrillos con cara de aburrida, ha sido cambiada por una ninfa. La mujer policía que nos para en el semáforo viene flotando entre tules. Incluso la maestra del nene dejó de ser una vieja insufrible: ahora ha mudado en una ninfa. Algo madura, eso sí.

En invierno, cuando redactaba mis notas, mi mujer se ponía mi lado a cebarme unos mates. Hoy, con la entrada de la primavera, ha pasado algo maravilloso: en lugar de mi esposa, la que se acercó con la infusión fue una deidad de los bosques vestida apenas con un par de calzas muy adheridas y una pequeña musculosa de seda. La visión de su ombligo de ángel turbó mi mente. Sin duda, era la ninfa que hace rato me estaba mereciendo. Esa espléndida criatura vino y se quedó conmigo mientras hacía mi trabajo.

Lo extraño del caso es que mis hijos la llaman mamá y mi suegra dice que no sea tarado, que esa ninfa es su nena, la de siempre, la que hace un kilo de años se casó conmigo.

Pero yo no lo creo.

LibrosEnRed

¿Quién es más materialista, el hombre o la mujer?



LibrosEnRed

Este es un tema que despierta polémica apenas se lo presenta. Entre los integrantes de una reunión mixta de amigos, dos coincidieron en traer a la charla el mismo tema, pero enfocado de dos ángulos opuestos. Una chica planteó:

—El hombre es más materialista que la mujer.

Saltó un joven diciendo que en su opinión era al revés:

—La mujer es más materialista que el hombre.

La polémica se generalizó, y cada uno aportó su opinión, unas, las mujeres, a favor de la chica y otros, los hombres, a favor del joven. Como imaginarán, no hubo consenso para nada, porque aceptar cambiar de opinión en un tema como este equivale como a cambiar de sexo. Pero, eso me dio la idea de seguir dilucidando ese tema aquí, a ver si entre ustedes que leen y yo que escribo logramos arribar a alguna conclusión.

En principio podríamos decir que si el hombre vive obsesionado por el dinero es porque sabe que necesita plata para conquistar (reconozcámoslo: a un seco, que no tiene para una sentada en un bar, ¿quién le da bola?). Y si necesita plata es porque la mujer es mucho más materialista y sólo se la conquista con metálico. Y esto se nota en los casamientos por conveniencia. ¿Acaso no es común ver a una joven y atractiva estrella casándose con un decrépito productor? "Me enamoró su inteligencia", suele decir ella. Vamos, que no nací ayer.

Por mi parte, nunca fui un obsesionado por el dinero. Yo prefiero ser pobre pero sano, que rico y enfermo. En cambio, el negocio de muchas mujeres es agarrar a estos últimos para casarse y que el matrimonio le dure un suspiro.

También en el caso de la transformación del amor en un negocio de toma y daca, las mujeres primero. Porque cobrar por hacer el amor es cosa de mujeres. Desde luego, hay casos excepcionales de hombres que lo hacen. Pero la mayoría, para hacerlo, lo hace vistiéndose de mujer.

Pienso que, a esta altura del texto, las mujeres suponen que no se me ocurrió ninguna cosa que afirme el materialismo del hombre por sobre el de la mujer. Sí, se me ocurrieron muchos ejemplos, pero no tengo ningún interés en decirlos, por dos razones: primero, para no darle ideas a las mujeres, y segundo, porque ya deberían saber que soy un tipo absolutamente parcial.

LibrosEnRed

La mujer lo hace cuando quiere



LibrosEnRed

Aunque no nos guste, en materia de práctica sexual la mujer lo hace cuando quiere y el hombre cuando puede. A una mujer le alcanza con arreglarse la liga de la media al borde la de la vereda para que en dos segundos alguien la suba a un auto. En cambio, para enganchar a una mujer, el hombre tiene que arreglarse la media y, además, mostrar los billetes que guarda en la media.

La mujer tiene oportunidad de elegir con quien gozar del amor. Eso le da dos posibilidades ventajosas: puede elegir a un tipo que le gusta, que le da vuelta la cabeza, y dejarse seducir por él, o puede elegir a aquel señor que dispone de una abundante cuenta bancaria que hará realidad sus sueños de confort. Por supuesto, en materia de gozar del amor, siempre descartamos que pueda elegir al marido.

Como ellas lo hacen cuando quieren, el levante es algo que no les da ningún trabajo, y pueden llegar al lecho, rozagantes y frescas como un pimpollo. En cambio, a nosotros nos da tanto trabajo enganchar una, que cuando llegamos a la hora de los papeles, el stress nos impide levantar nada.

¿Por qué nos cuesta tanto? Dejemos al margen que nuestra figura es poco agraciada, porque uno no posee la figura de Antonio Banderas, ni siquiera la figura del que le lleva el periódico a Antonio Banderas. Pero, también ellas tienen su buen montón de bagayos y, sin embargo, cualquier bagayo levanta más o menos con facilidad. No en balde esté el dicho de que "la suerte de la fea, la linda la desea".

Desde luego que no todos los hombres lo hacen cuando pueden y no todas las mujeres lo hacen cuando quieren. ¿Quién no tuvo en la barra aquel afortunado que podía elegir porque todas estaban muertas con él? Pero, justamente lo recordamos porque era la excepción. El resto tenía que ponerse el mameluco. Y a trabajar.

A veces me pregunto por qué le pasa esto al género masculino. ¿Será que es un género de una tienda en liquidación? Si hay tantas mujeres para cada hombre, ¿por qué cuesta tanto hacer un miserable enganche? ¿Será que, de la cantidad que nos corresponde, siempre nos toca el lote de las histéricas?

Después de darle vuelta al tema, llegué a la modesta conclusión de que la diferencia esencial en el terreno erótico es que las mujeres, en su inmensa mayoría, tienen relaciones amorosas por puro placer.

En cambio, nosotros los hombres, las tenemos por pura casualidad.

LibrosEnRed

¿Quién es más feliz, el que manda o el que obedece?



LibrosEnRed

Nuestra vida está formada por derechos y obligaciones, y si bien es cierto que en el terreno del trabajo y la vida personal siempre tenemos por sobre nosotros a alguien que manda y a nuestro cargo alguien que obedece, nunca sabemos con certeza cuál de esos dos lugares es el de mayor felicidad. Es decir, ¿quién es más feliz, el que manda o el que obedece?

Lo primero que se nos ocurre pensar es que quien manda es más feliz y quien obedece, por una cuestión de sometimiento al otro, no lo es tanto. Pero los dos lugares tienen sus pro y sus contra. El que manda tiene la felicidad de decidir sin pedir permiso, pero también tiene el stress de saber que cualquier error que cometa será por su culpa y que las cosas dejarán de funcionar si él no se ocupa, mientras que el que obedece delega esas responsabilidades. Y si uno es medio vago, prefiere que las decisiones las tomen los demás. Incluso, por esa condición de poco afecto al trabajo, los demás no le darán trabajos que lo incomoden. ¿Y quién no soñó con tener una vida sin problemas?

No alcanza con mandar para ser feliz. La felicidad completa es mandar y que, además, nos den bola.

En una oficina cualquiera, un gerente déspota puede gozar con su mando incordiando a sus empleados. Pero la felicidad de los que obedecen consiste en las cosas extras que le agregan en el café que le sirven al gerente. Y es por estas cosas que uno pone en duda que el mando dé felicidad. Si mandar hace feliz a la gente, ¿por qué la mayor parte de los jefes tiene un carácter podrido?

A pesar de que un lugar jerárquico es importante y nos distingue, no siempre el puesto de mando es un galardón que nos dan por nuestra capacidad. En muchos casos esto sucede porque hay un montón de vagos que nos dan el control de algo para sacarse los problemas de encima.

Quienes siempre se quejan de que nunca tienen el mando —en este caso el mando de la casa— son las mujeres. Me refiero a las mujeres que aún no consiguieron casarse.

Pero, como la polémica por saber en dónde está la mayor felicidad, si en el que manda o el que obedece, es algo que no tiene una conclusión definitiva, podríamos aventurar una idea que sería la más acertada: el estado ideal es tener el dinero del que manda y la despreocupación del que obedece.

LibrosEnRed

Hay mujeres que viven amargándole la vida a su ex



LibrosEnRed

Hay una clase de mujer que al ser dejada de lado —lo que vulgarmente conocemos como patear— siempre vuelve a la carga. Y cada vez que vuelve lo hace cambiada, diferente, tratando de buscar una nueva manera de conquista. Se podría decir que son como los virus actuales: cambian de forma para atacar de nuevo.

Aunque haya existido un gran amor y el hombre sea un pan de dios, siempre, luego de una separación, hay un cuota de alegría por haber largado la correa. El hombre siente que va a poder realizar aquello que quiso o vio hacer a sus amigos solteros y sin compromiso. Que jamás va a hacerlo, les aclaro, porque el canario jaulero busca otra jaula enseguida. Esto, por supuesto, no lo sabe la ex, que está llena de odio por no tener la rienda del matrimonio.

Es tanto el odio de que la hayan pateado que no se detiene un minuto para tratar de reconquistar a su marido. ¿Por qué lo hace? Para arruinarle la felicidad que logró el hombre al separarse.

Es cierto que también quiere volver por otra razón, tan importante como la primera: se cree insustituible. Y en parte es cierto. Supone que no hay nadie mejor que ella para amargarle la vida a un tipo.

En cambio, el hombre es indiferente al hecho de que una mujer lo deje. Bueno, en general se dice que siempre es indiferente. Por lo menos es que dicen las mujeres casadas con respecto a sus maridos.

No es que el hombre sea desapasionado por naturaleza; el hombre es apasionado, pero por cosas importantes. Puede ser que no sienta nada cuando su mujer lo abandona —tampoco es para pensar que se viene el mundo abajo por algo así—, pero no existe ningún tipo que no se deprima si su equipo abandona la punta o lo dejaron afuera de la Libertadores.

Se dice que es la mujer quien realiza la conquista, pero le hace creer al hombre que es ella es la conquistada. ¿No será que el abandono es de la mujer y le hace creer al hombre que es él quien la deja, eh?

Hay mujeres, sin embargo, que son centradas, razonables y terminan aceptando que tanto ella como su ex marido tomen caminos diferentes en la vida. Eso sí, cuando deciden ir cada uno vaya por su lado, la mujer desea que el camino que tome su ex sea el del cementerio. Y lo más rápido posible.

LibrosEnRed

La mujer que no aprende a hacer el amor de pequeña, no aprende más



LibrosEnRed

En este mundo donde se privilegia la rapidez, donde las cosas pasan de manera instantánea y todos tratan de tomar conocimientos de vida lo antes posible, la mujer no puede quedarse atrás. Y en materia de amor, mucho menos.

Un amigo, en esas charlas informales que tenemos en el bar, lanzó una afirmación que, según nos comentó, formaba parte de su propia experiencia. Dijo:

—La mujer que no aprende a hacer el amor de pequeña, no aprende más.

Lo dijo refiriéndose a la primera adolescencia, cuando deja de jugar con la Barbie y empieza a interesarse por saber cómo son los juegos con un Ken de carne y hueso.

O sea, que aquello que no supo, no pudo o no quiso hacer en esos años, no lo va a aprender nunca más.

Sé que es una afirmación muy dura y condena a todas las mujeres que de jóvenes fueron lentas para el sexo a perderse lo mejor y lo más grato a la hora de hacer el amor. Esta situación es frustrante para la mujer que debe actuar en la cama de la manera más convincente si quiere retener a su pareja largo tiempo. Porque aquello que no fue incorporado desde chica, no logrará adquirirlo jamás. Esto me recuerda a mis dramas con el ordenador: mis hijos me ganan en todos los juegos. Yo, que aprendí a manejar estos aparatos ya de grande, soy incapaz de matar ni un solo fantasmita del Pacman, porque no puedo incorporar de manera natural aquellos sutiles conocimientos que los chicos manejan al dedillo.

Uno reconoce enseguida a la mujer que comenzó su aprendizaje erótico desde pequeña, en muchos casos antes de llegar a intimar con ella. He comprobado que hay chicas que aprendieron a hacer el amor tan precozmente que si les preguntamos como se llamaba el primer hotel que pisaron, dirán, sin titubear:

—El jardín de infantes «Los Jazmines», salita Rosa.

Por otro lado, podemos darnos cuenta cuando estamos en presencia de una mujer que no aprendió a hacer el amor de chica. Es aquella que, en la intimidad de la alcoba y frente a cualquier modesto pedido de nuestra parte, exclama:

—¡¿Quieres que te haga queeeé…?! —como si uno tuviera la imaginación más retorcida que el marqués de Sade.

LibrosEnRed

El momento ideal para comprobar de qué manera hacen el amor las mujeres es en las relaciones prematrimoniales, esa especie de ensayo para el casamiento. Ahí verificamos lo que la mujer sabe y lo que ignora del juego erótico, y nos vamos adaptando a los gustos de cada uno, cosa de pasarla lo mejor posible en el futuro. Muchos dirán que es una pena que se gaste tanto tiempo en ensayos si al final la obra siempre termina siendo un bodrio, aburrida y previsible. Pero éstas son opiniones que se dan según le va en la feria a cada uno.

Como están las cosas, una mujer tiene que aprender a hacer el amor de pequeña. No le queda otra opción, si quiere no ser raleada del circuito erótico de sus amistades. Eso, lo de su precoz aprendizaje, nos aseguraría, por ejemplo, poder conquistar a veteranas con sus veinte años cumplidos, que lo sepan todo.

¿O a usted ya no le gustan más las viejas de veinte años?

LibrosEnRed

Las parejas mochilas



LibrosEnRed

A la hora de iniciar una relación con una chica, los del sexo feo tenemos el temor de perder la independencia o de sentir que nos recortan parte de la libertad que tiene nuestra vida. Cuando el primero de la barra se pone de novio —pero de novio en serio— los demás lo viven como un duelo, como si ese amigo hubiera enfermado de repente de un mal incurable y marchara camino a su inhumación. "Pobre, era tan bueno...".

En los comienzos de la adolescencia, cuando nuestros padres nos dan la posibilidad de salir y volver un poco más tarde, lo primero que se nos ocurre es organizar cacerías eróticas, porque así lo manda el instinto natural del macho. En ese momento no se nos pasa por la cabeza que vamos a buscar una pareja estable, la mujer que uno sueña para tenerla siempre a su lado —un pensamiento que jamás tienen los jóvenes, les doy palabra, con seguridad—, sino que uno trata de ligar algo para ese día, o a lo sumo para esa semana. Luego, a otra cosa. A seguir buscando y experimentando.

Pero sucede que en una de esas cacerías la presa no es tal, sino que se transforma en algo más: se convierte en la temida novia. Y, uno que tiene su corazoncito y se enamora con facilidad, la acepta como tal. Es en ese momento que nos damos cuenta que hay novias y novias. Están la buenas, las que se quedan en su casa y sólo vienen con nosotros cuando somos nosotros las que las invitamos a venir. En cambio, están las que se nos pegan como mejillón a la roca, y tenemos que llevarlas encima a todos lados. Es la desagradable pareja mochila, la que debemos cargar sobre nuestras espaldas todo el tiempo que dura noviazgo.

Al principio, nuestros amigos creen que llevamos la novia a la rastra de puro exhibicionista que somos, porque les cuesta imaginar que una mujer pueda ser tan pesada. "Miren, muchachos, la hembra que tengo...", creen que estamos diciendo con esa actitud. Al cabo de un tiempo, viendo nuestra incomodidad de tenerla siempre encima, comienzan a sospechar que la llevamos para ver si en la barra hay alguno que sea más gil que el que suscribe y ligue con ella.

Con la novia al lado uno no puede descargar la batería de malas palabras que acostumbra a usar con los amigos. Tampoco puede hablar de otras mujeres ni puede sincerarse frente a las bellezas que pasan frente a nuestras narices. Ni se puede hablar de temas que sólo le interesa a los hombres, porque no entiende. Y menos de mujeres, porque se eso entiende mucho. Tampoco puede ser una buena compañera de juegos, llámese backgamon, poker, ping pong o bowling. O porque es muy mala, o porque es muy buena. De las dos maneras siempre nos hace pasar vergüenza.

LibrosEnRed

La única solución para terminar con una novia mochila es el casamiento.

Por lo menos de esa manera uno puede tener una casa donde dejarla haciendo alguna tarea que la entretenga hasta que volvamos.

LibrosEnRed

Los métodos de “ablande” para usar en la cama



Todo hombre se hace a la idea que su pareja en la cama accederá siempre a cualquier deseo que se le ocurra. Y esto, a menos que sea un astro del cine o de la canción, un jeque árabe o un yuppie millonario, casi nunca es así. O, por lo menos, nunca todas las veces.

Y como no es así, en estos casos el hombre usa lo que podríamos llamar métodos de "ablande sexual". Por ejemplo, el tipo pide alguna cosa nueva —una pose nueva, una ropa erótica, un lugar distinto donde hacerlo, una manera diferente— y, como es habitual, la mujer siempre dice que no de entrada.

Es ahí donde el tipo empieza el ablande. Es en ese momento donde él va y va, insistente, una y otra vez, todas las noches. Al final, como dice el refrán: «Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe». Y eso es lo bueno, porque en muchas ocasiones lo que quería el tipo era, justamente, que la mujer le diera la oportunidad de romper el cántaro.

Hay diferentes métodos de ablande que son utilizados por el hombre según las circunstancias o según la mujer que le ha tocado de pareja. Por ejemplo:

El ablande mimoso. El tipo se hace el gatito, el perrito o cualquier animalito simpático para ganarse el sí de la mujer. Cualquier animal sirve, menos el conejito, porque una cosa es el placer y otra llenarse de hijos.

El ablande compulsivo. El tipo dice: "Voy a tener que volver con mi ex. Ella me lo hacía sin que se lo pidiera".

El ablande vengativo. "¿Así que no quieres? Después no te quejes si se lo pido a mi secretaria...".

El ablande que crea culpa. Cuando la mujer dice que con lo que le pide el tipo ella no goza, se le puede decir: "Claro, sólo piensas en tu placer".

El ablande violento. Es cuando el tipo usa métodos propios de un interrogatorio policial. Si con eso no cede, por lo menos se saca las ganas de tener un poco de sexo sadomasoquista.

LibrosEnRed

No se sabe si es por la excitación que dan las cosas nuevas, pero en ocasiones —muchas más de lo que la gente cree— hay quienes usan un método de ablande para lograr una nueva experiencia sexual y luego que consiguen que ella acceda tienen eyaculación precoz. Esa situación es como ir a ver una película policial de gran suspenso, hacer una cola interminable para entrar al cine y luego tener que irse antes de enterarse si en realidad el mayordomo era el asesino.

¿Por qué la mujer, de manera común, es remisa a hacer cosas nuevas en la cama? Mi teoría es que no accede fácilmente por un problema de represión. Es decir, reprime las ganas de hacerlas por miedo a que el tipo se entere que ya se las conoce todas desde hace mucho tiempo.

LibrosEnRed

Acerca del Autor

Julio César Parissi

E-mail: jparissi@ciudad.com.ar

Nació en Montevideo y se radicó en Buenos Aires en 1959. Está casado y tiene dos hijos y dos nietos. Desde muy joven publicó textos y dibujos de humor y también literatura.

Tiene publicados los libros de poesía y de narrativa, entre los que se destacan *La muerte es sueño y otros cuentos* y el libro de cuentos para niños *Kasogonaga, el dios rayo*.

En el concurso "Juan Rulfo 2003", organizado por Radio Francia Internacional (París), recibió el segundo premio (llamado premio "Casa de América Latina") por el cuento "El corazón sin límites de Julián Carranza".

Como humorista lleva editados más de quince libros de humor, en la Argentina, el Uruguay y España. Entre ellos se cuentan *Max Calzone* e *Historias futboleras*, ambos libros con dibujos de Tabaré; Chistes negros con Carlos Guarnerio; *No es tan malo ser macho* con Alfredo Grondona White; *Dicen que soy aburrido*, *Dicen que soy divertido* y *Chistes atrevidos* con Aníbal Litvin; *Usted está aquí* , *El gran libro de los chistes* y *Los grandes chistes*, estos tres últimos como único autor.

Hizo la edición literaria de los libros de Enrique Pinti: *La democracia que nos parió*, *Que no se vaya nadie sin devolver la guita* y *Candombe Nacional*. Este año está trabajando en la edición literaria de un libro de memorias de este célebre cómico, que aún no tiene título definitivo.

Escribió los libros de entretenimientos *Los casos del inspector Penike*, enigmas policiales para resolver y *Juegos Patrios*, juegos literarios sobre textos del historiador argentino Félix Luna.

Perteneció, durante las décadas del ´80 y ´90, a las redacciones de *Satiricón* y *Humor*, entre otras revistas, como dibujante y guionista.

Fue coguionista de exitosos programas televisivos como *Zapping*, *Hiperhumor* y *La Biblia y el calefón*.

Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la **edición** de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de **comercializar** las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Nuestro sistema de atribución de regalías permite que los autores **obtengan una ganancia 300% o 400% mayor** a la que reciben en el circuito tradicional.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.